

**Brian Aldiss**

**Galaxias como granos de arena**



**Prólogo de  
Robert Silverberg**

He aquí la historia de la humanidad desde un futuro muy cercano hasta los últimos días de nuestro universo. A lo largo de incontables milenios, episodios de la vida de seres humanos concretos sirven para mostrarnos como van cambiando el mundo y la gente, cómo los ciclos evolutivos e involutivos culturales y genéticos hacen su trabajo. Asistimos a guerras nucleares, a períodos de extrema escasez de alimentos, a la presencia asfixiante de todo tipo de máquinas, al ingreso de la Tierra en una sociedad galáctica mucho más avanzada que la nuestra y, finalmente, no sólo a la sustitución de la humanidad por una raza nueva sino al reemplazo de nuestro gastado universo por un nuevo orden cósmico.

*«Un libro de fábulas desbordantes, bellas, poéticas, visionarias».* Robert Silverberg

## Índice de contenido

Prólogo

Los milenios de guerra

Los milenios estériles

Los milenios de los robots

Los milenios mixtos

Los milenios oscuros

Los milenios de las estrellas

Los milenios de los mutantes

Los milenios de las megalópolis

Los milenios finales

Sobre el autor

*Para Ann y Tony Price,  
con renovado afecto a través de los milenios*

## PRÓLOGO

He aquí un libro ingenioso de brillantes relatos que narran acontecimientos que suceden dentro de miles o millones de años. Pero no encontraremos en estas páginas una guía literal del futuro de la humanidad. Lo que se ofrece aquí es un refinado entretenimiento, una suerte de poesía visionaria, sueños sorprendentes que adquieren sustancia por medio del arte. ¿Es un mapa fiable de los mundos del mañana? No, en absoluto, nada de eso. Es imposible crear esos mapas.

«El Tiempo —como un elemento que puede ser sólido, líquido o gaseoso— tiene tres estados», escribe Brian Aldiss en la presentación de este libro. «En el presente es un flujo inasible. En el futuro es una bruma turbia. En el pasado es una sustancia sólida y vidriosa; entonces lo llamamos historia. Entonces no puede mostrarnos nada salvo nuestro rostro solemne».

Exactamente. El presente es un misterio continuo; el pasado es un libro accesible a nuestra lectura, aunque no necesariamente lo sepamos leer; el futuro escapa a nuestra percepción y todo intento de hacer predicciones de largo alcance está condenado de antemano.

¿Qué queda entonces de la popular idea de que esa rama de la literatura imaginativa que llamamos «ciencia ficción» puede brindarnos un atisbo de lo que vendrá? Es una idea falsa. La ciencia ficción tiene muy poco valor predictivo, salvo cuando predice lo obvio. Como dice Brian Aldiss, una «bruma turbia» nos oculta el futuro. Cuando miramos

hacia adelante, a lo sumo vemos trazos amplios y generales, y cuanto más nos alejamos del presente, mayor es la divergencia entre nuestras profecías y lo que realmente sucederá. Es una locura creer que alguien pueda ofrecer una anticipación precisa, trátase de un escritor de ciencia ficción, de un dirigente político o de los expertos que comentan los asuntos internacionales en los periódicos. Ya es bastante engorroso hacer una predicción meteorológica para dentro de tres días.

Un claro ejemplo de las limitaciones predictivas de la ciencia ficción: los primeros viajes a la luna. Por lo menos desde el siglo dos de nuestra era, cuando Luciano de Samosata escribió el *Icaromenippus*, escritores visionarios han narrado historias de viajes lunares. Pero no se requería un gran poder profético para imaginar esos viajes; el intento de abarcar un campo cada vez más amplio es propio de la naturaleza humana, y aun en la época clásica era fácil entender que en determinado momento se llegaría a los confines del mundo y la luna sería el próximo objetivo lógico. Luciano y sus muchos sucesores no se proponían predecir lo predecible. Luciano envió a Manipo a la luna para darle una perspectiva, en el sentido más básico, de las locuras que la humanidad cometía en la tierra: su libro era una obra de intención satírica. Jules Verne, en *De la Tierra a la Luna* (1869), intentó ofrecer un relato realista de una visita a la Luna, una guía turística potencial, a partir de los conocimientos tecnológicos aceptados en su época; pero sabía que estaba creando una obra de la imaginación, no un croquis para ingenieros futuros. *Los primeros hombres en la Luna* (1901) de H. G. Wells se presentaba como una encantadora fantasía romántica que, al igual que el *Icaromenippus*, examinaba irónicamente los absurdos de la humanidad desde una distancia de 383.024 kilómetros. Wells no esperaba que los futuros viajeros del espacio llegaran flotando a la Luna por medio de la antigravedad, ni que des-

cubrieran una sociedad de seres humanoides inteligentes en las cavernas selenitas.

Aunque las narraciones de viajes lunares constituyeron un tópico de la literatura imaginativa durante siglos, ninguna obra de lo que se llama «ciencia ficción» se aproximó siquiera a una descripción atinada de lo que sucedió en 1969. Los viajes siempre se realizaban bajo auspicios privados. ¿Dónde está el relato que hable de un vasto proyecto dirigido por el gobierno, con un coste de miles de millones de dólares y con la participación de cientos de grandes empresas trabajando en colaboración? ¿Quién anticipó los gigantescos centros de control de la Tierra? ¿Quién previó transmisiones en vivo desde la Luna por parte de los primeros exploradores? Y —lo más asombroso— ¿qué relato de ciencia ficción nos cuenta que realizaríamos tres o cuatro alunizajes tripulados y luego abandonaríamos la empresa? (A decir verdad, existe uno: *Tendencias* de Isaac Asimov, publicado en 1939, ridículamente equivocado en los detalles pero profunda y espléndidamente acertado en la tesis de que el primer vuelo a la Luna sería seguido por una creciente hostilidad popular hacia el concepto de la exploración espacial. El cuento de Asimov es un vívido ejemplo de la notable capacidad de la ciencia ficción para llegar a las verdades futurológicas metafóricas más amplias mientras fracasa rotundamente en la predicción de los detalles específicos).

Cuando abordamos aquellos libros que están ambientados en un futuro realmente lejano —*Primeros y últimos hombres* de Olaf Stapledon, *La Tierra moribunda* de Jack Vance, *Invernáculo* de Brian Aldiss—, abandonamos totalmente el ámbito de la predicción para entrar en el de la poesía y la metáfora. Esos libros no tienen la menor intención de ser hipótesis especulativas serias, visiones que debamos tomar literalmente; son raudas obras de la imaginación, auténticos vuelos de la fantasía.

Así son los nueve relatos que constituyen *Galaxias como granos de arena* de Aldiss. Datan del período inicial de la fecunda carrera de este gran escritor. Toda su obra, desde su primera novela, *La nave estelar* (1958), hasta libros como *Invernáculo* (1962) y *Barbagrís* (1964), y la monumental y magistral trilogía de Helliconia de los años 80, está signada por la imaginación exuberante, el vigor estilístico y una maravillosa y traviesa inventiva en la elaboración conceptual. Hallamos todas esas características en los relatos con los que Aldiss ha urdido sus *Galaxias como granos de arena*.

El libro se presenta como una crónica de los milenios venideros, y eso es. Pero quienes lo lean como una guía Baedeker del futuro se sentirán defraudados. La deslumbrante colmena de genes, la vasta megalópolis de Nunion, los misterios de la enigmática Yinnisfar, todo ello se debe tomar por lo que es: bellos sueños, elegantes fantasmagorías.

Existe una tribu indígena de los Andes en cuya lengua uno habla del pasado como si lo tuviera «enfrente». Para nosotros resulta un modo extraño de expresar las cosas, hasta que nos detenemos a pensar que, aunque el pasado es accesible hasta cierto punto para nuestra memoria, la totalidad del futuro siempre será un misterio. Y así, aunque podamos recorrer los hechos del pasado como si estuvieran frente a nosotros en una planicie, debemos retroceder a ciegas para internarnos en el ignoto futuro, sin ver claramente todos sus aspectos hasta que estemos en su centro.

Quizá estos indígenas andinos, que miran el pasado mientras retroceden hacia el futuro, hayan dado con la metáfora justa. Ver lo que nos espera dentro de poco es difícil, cuando no imposible; las eras distantes, veladas por una gigantesca montaña de variables incalculables, escapan totalmente a nuestra percepción. Los escritores como Brian Aldiss están obligados a retroceder hacia el futuro como el resto de nosotros. Pero mientras escrutan lúcidamente el pasado obtienen, por medio de la visión periférica o la in-

tuición artística, atisbos de cosas venideras que los demás no podemos ver. Lo que tenemos aquí, pues, es un viaje de la imaginación, una incursión en lo que es inherentemente recóndito, un libro de fábulas desbordantes, bellas, poéticas, visionarias. No es un mapa utilitario de la carretera que se extiende ante nosotros. Apreciémoslo como aquello que el autor quiso que fuera, y que logró tan estupendamente.

ROBERT SILVERBERG

*Oakland, California, julio de 1999*

*Entre las leyes que podemos deducir del mundo externo, una destaca sobre las demás: la Ley de la Transitoriedad. Nada está destinado a perdurar.*

*Año a año los árboles caen, las montañas se derrumban, las galaxias se extinguen como velas de sebo. Nada está destinado a durar salvo el Tiempo. El manto del universo se desgasta, pero el Tiempo perdura. El Tiempo es una torre, una mina inagotable; el tiempo es monstruoso. El Tiempo es el héroe. Personajes humanos e inhumanos quedan clavados en el Tiempo como mariposas en una lámina: aunque las alas conserven el brillo, han olvidado el vuelo.*

*El Tiempo —como un elemento que puede ser sólido, líquido o gaseoso— tiene tres estados. En el presente es un flujo inasible. En el futuro es una bruma turbia. En el pasado es una sustancia sólida y vidriosa; entonces lo llamamos historia. Entonces no puede mostrarnos nada salvo nuestro rostro solemne; es un espejo traicionero que sólo refleja nuestras limitadas verdades. A tal punto forma parte del hombre que la objetividad es imposible, es tan neutral que parece hostil.*

*Algunos de estos relatos fueron escritos por quienes participaron en los hechos. Otros son reconstrucciones. Algunos pueden ser mitos que han pasado tanto tiempo por verdades que se aceptan como tales. Todos son fragmentarios.*

*El largo espejo del pasado está hecho añicos, y las astillas han sido pisoteadas. Antaño cubría todas las paredes de todos los palacios; ahora sólo quedan fragmentos, estos que sostiene en la mano.*

## LOS MILENIOS DE GUERRA

### *Inalcanzable*

*Comencemos, pues —aunque por cierto no es un comienzo—, con un fragmento perteneciente a un extraño mundo del pasado donde las nubes del nacionalismo se han acumulado hasta desatar una tormenta de guerra. Misiles de destrucción sobrevuelan continentes olvidados: Asia, América, África. La atribulada gente de esos tiempos no comprende del todo la naturaleza del conflicto en que está sumida. Los simples matices políticos de la situación son relativamente fáciles de entender. Pero más allá de esas cuestiones existen factores que apenas se comprenden en los consejos de Pekín, Londres, El Cairo y Washington, factores que surgen del largo y salvaje pasado de la raza, factores relacionados con el instinto y la frustración del instinto, con el miedo, la lujuria y el albor de la conciencia, factores inseparables de la adolescencia de una especie, que arrojan su sombra sobre todos los asuntos del hombre como una cordillera infranqueable.*

*Los hombres se combatían unos a otros en vez de luchar con ellos mismos. Los valientes procuraban eludir las corrientes del odio viajando a los planetas más cercanos del sistema solar; los cobardes dormían en vastas colmenas llamadas sueñerías, donde los consuelos de la fantasía podían compensar los estragos de la guerra. En última instancia, ninguno de los dos caminos ofrecía refugio; cuando llega el terremoto, derrumba tanto la torre como la choza.*

*Es adecuado que el primer fragmento comience con un hombre sentado impotente en una silla, mientras caen las bombas.*

El director de la Sueñería Cinco se levantó de la silla y abandonó el silencioso tablero de mando. El caso de Floyd Milton lo tenía a mal traer. Detonaciones ocasionales anunciaban que afuera continuaba el ataque enemigo, lo cual no contribuía a tranquilizar al director. Aunque se encontraría más seguro en las bóvedas, espionando los sueños de Floyd Milton, era otro el motivo que lo impulsaba a abordar el ascensor para bajar a las frescas honduras de la Sueñería Cinco. Había visto la cara de Milton cuando llegó aquella tarde. Milton parecía un cadáver.

Los depósitos de durmientes estaban húmedos como de costumbre, y apestaban a la mezcla que usaban los robots masajistas.

—¡Babosas! —gritó el director hacia las filas de durmientes.

Estaban aletargados con la cabeza oculta en los auriculares de realimentación. De vez en cuando enrollaban a uno hasta hacerle tocar los hombros con los pies y erguir el trasero en el aire; una máquina cubierta de goma lo sacudía y lo aporreaba. Después lo estiraba y le aporreaba el pecho, cuidando de no tocar los tubos de alimentación intravenosa que colgaban del cielo raso. Fuera cual fuese su estado mental, a los durmientes se los mantenía en buen estado físico. Y todo el tiempo dormían y soñaban sus oscuros sueños.

—¡Babosas! —repitió el director. De nada habría servido un director que amara a los durmientes que tenía a su cargo; a solas en las vastas sueñerías automáticas, habría sentido la tentación de fisgonear las ensoñaciones de estos introvertidos sin remedio.

Aparte de algunos jóvenes impulsados por una genuina curiosidad, en las sueñerías sólo había psicópatas e inadap-tados que se pasaban la vida en ensueños estériles. Por desgracia, sumaban un gran porcentaje de la población; los sesenta años de guerra fría —que ahora se había vuelto es-pantosamente caliente— habían producido una asombrosa cantidad de inválidos mentales que sólo ansiaban usar esa vía de escape para recluirse en sus fantasías.

Floyd Milton no se parecía a esas personas, ni tampoco a los recios exploradores del espacio que, después de las emociones de un largo viaje a Marte o Ganimedes iban allí a recuperarse. Parecía un hombre que se había traicionado a sí mismo, y que lo sabía.

Por eso el director tenía que verle los sueños. A veces se podía salvar de sí mismos a los hombres —los hombres de verdad— antes de que se hundieran demasiado.

El director se detuvo delante de la cama de Milton. El recién llegado respiraba secamente, en silencio, el rostro oculto bajo la visera y los auriculares de realimentación. Después de mirar el número, el director fue a la cabina de control más cercana y lo marcó. Se puso el visor y los auri-culares.

En un instante entraría de manera automática a las en-soñaciones de Milton; a juzgar por la expresión de Milton al entrar en la Sueñería Cinco, no sería agradable, pero el di-rector podía graduar los circuitos para amortiguar el efecto empático y conservar su propia conciencia.

Como cada vez que iniciaba una supervisión, realizó una apresurada revisión mental de su propio mundo; una vez en los sueños de otro, le costaba orientarse. No era un mundo cómodo. Las barreras ideológicas erigidas en toda la Tierra desde los años cuarenta del siglo anterior habían impedido todo avance en la felicidad humana.

A fines de los sesenta habían descendido en la luna las primeras naves tripuladas. A fines de los ochenta se habían aplicado al cerebro dormido los principios de la sugestión

subumbral; en combinación con ciertas técnicas de realimentación, esto había permitido desarrollar un método para obtener sueños más vívidos que una película tridimensional. Al cabo de tres años se había construido la Sueñería Uno.

Poco antes de fin de siglo, habían llegado los solitas. No habían llegado en naves espaciales sino en vehículos que llamaban portamaterias, aparatos parecidos a casas que se proyectaban a la Tierra desde el mundo solita. Su ciencia era una paraciencia incomprensible para los terrícolas, pero la Tierra les causaba un inocente placer.

—¡Amaban la Tierra! —dijo el director. Había visto cómo los solitas, con la bendición de los terrícolas, cargaban sus portamaterias con riquezas terrestres, que para ellos no eran oro ni uranio sino plantas, animales y mariposas. Eran gentes adorables, salvajes refinados que disfrutaban de la vida en su totalidad. Cuando la guerra fría se calentó de golpe, desaparecieron, manifestando que nunca regresarían.

Para la gente sensata de todas partes, ese momento había representado la muerte de la esperanza. La Tierra volvía a estar sola, aislada por sus propios males.

—Está conectado, señor —anunció una voz metálica.

El director se preparó. Pronto estuvo zambullido en los sueños de Floyd Milton.

Era agradable. Después de las escalofriantes bóvedas de la Sueñería Cinco y los rumores de una guerra global, era doblemente agradable.

No obstante, para el director era extraño, muy extraño.

Las plantas mostraban flores adorables como bocas de muchachas; las flores echaban brotes, crecían, se disipaban y creaban serpentinillas de cincuenta metros que ondeaban en la brisa, esparciendo semillas perfumadas. Las plantas crecían en círculo, y el círculo era una habitación.

Sólo una habitación. Las paredes de otra habitación eran rutilantes miríadas de peces, diminutas criaturas grises con negras lenguas bífidas que parecían serpientes. Nadaban en torres de agua que te mojaban el dedo si las tocabas. Los campos del transmisor de materia, de dos moléculas de espesor, los mantenían en su sitio, elevándose en el aire bermejo.

Otra habitación parecía estar revestida de estrellas; polillas gigantes revoloteaban y se posaban en las estrellas, que tintineaban como campanillas.

En otra habitación, altas hierbas relucían cargadas de rocío del alba.

En otra habitación, la nieve caía eternamente, aumentando de tamaño mientras se hundía en cristales de diez centímetros de diámetro que desaparecían al tocar el piso.

En otra habitación... pero cada habitación era diferente, pues este era el palacio de Amada Malfrey, y el palacio estaba en Solite. La propia Amada estaba allí, y acababa de volver de su visita a la Tierra, cargada de flores y tigres. Estaba ofreciendo una fiesta para reencontrarse con las viejas amistades y presentarles al segundo marido.

Había unas quinientas invitadas. Muchas habían traído a sus esposos, hombres de atuendo brillante cuyas frívolas túnicas contrastaban con la ropa negra y exigua de las mujeres. Muchas mujeres y algunos hombres venían escoltados por animales: chitas, guacamayos, un soberbio lagarto que tenía un metro de altura cuando caminaba erguido. Se agolpaban animadamente en las magníficas habitaciones.

Alegres globos, llevados por vientos alisios artificiales, transportaban copas de bebida por el gozoso palacio. Todos parecían beber, aunque nadie parecía beber en exceso. Otro detalle hacía la fiesta muy diferente de una fiesta terrícola: aunque todos hablaban, nadie hablaba a voz en cuello.

Deslumbrado, el director pensó que nunca había visto una fantasía tan fantástica como esa. Los meticulosos deta-